

CAPÍTULO XIII

AMÉRICA SEPTENTRIONAL.—COLONIAS INGLESA Y FRANCESA.

Entre el golfo de Méjico y el Océano Atlántico se adelanta hacia las Antillas el cabo Florida, desde el cual encargó España á Narvaez someter todos los países que se encuentran hasta el cabo de Las Palmas. Habiéndose dado á la vela Narvaez con Alvaro Nuñez y otros seiscientos, fué sorprendido en Cuba por uno de aquellos huracanes de una violencia desconocida en Europa, y cuyo furor fué tal, que las casas cayeron unas sobre otras, y que los troncos de árboles seculares estaban desarraigados como arbustos (1527). Después de haber recompuesto su flota, llegó á la Florida (1528); pero no encontrando allí los montones de oro que esperaba hallar por todas partes, se internó sin provisiones y sin guías por regiones desconocidas, con la esperanza de descubrir aquel metal hacia la cordillera de los Apalaches. Sitiado pronto por el hambre en un país pantanoso ó cubierto de selvas, llegó con los suyos, después de increíbles esfuerzos, á la aldea ardientemente deseada de Apalachen; pero no encontraron nada de lo que se habían prometido, y sólo inspiraron desconfianza á los naturales, prontos á aprovecharse del menor indicio de espanto. Cuando se vieron precisados á volverse por donde habían ido, varios de ellos fueron muertos; los demás fueron presa de las enfermedades y de crueles miserias. Después de haberse arrastrado así hasta el punto llamado en el día bahía de San Marcos, reconocieron la imposibilidad de seguir la costa, hasta que hubiesen vuelto á sus barcos. Resolvieron, pues, construir otros como pudiesen: en su consecuencia convirtieron sus camisas en velas, hicieron cuerdas con las fibras de la palmera, y en seis semanas botaron al mar cinco barcos que podían contener cuarenta hombres cada uno, pero tan cargadas que no les quedaba nada desocupado.

Abandonáronse de esta manera á las olas; y en

esta peligrosa situación lucharon varias semanas con la muerte. Narvaez renunció á su autoridad y se quedó detrás con sus compañeros. Alvar Nuñez se aproximó con los suyos á una isla, y después de abordar con gran trabajo obtuvieron compasión y viveres de los naturales; pero al volverse á embarcar, un golpe de mar volcó la barca y parte de los viajeros se ahogaron, y los demás quedaron desprovistos de todo, hasta de esperanza. En medio de esto tuvieron la fortuna de que los salvajes se compadecieron de ellos, pero éstos eran pobres, y no les faltaban razón á los europeos para temer que se les estaba engordando para sacrificarles á sus divinidades. Con el invierno sobrevino tal hambre entre ellos, que se vieron reducidos á comerse unos á otros, á cuyo espectáculo los indios cambiaron la compasión en horror, atribuyendo á aquellos feroces extranjeros las desgracias extraordinarias que sufrían.

Consiguió, en fin, Narvaez ganar el continente, y se dedicó á hacer el comercio de conchas, llevándolas al interior del país para cambiarlas por el ocre rojo, del que se servían los naturales para teñirse el cuerpo, por pieles para hacer correas, y por cañas y espinas para hacer armas. Su actividad le hizo pronto el mediador general de los cambios entre aquellas tribus enemigas; pero cansado de un destierro de tantos años cuyo fin no veía, resolvió aventurarse de nuevo, é intentó con dos compañeros abrirse paso hacia el mar á través de inmensas tierras y de naciones feroces. Se concibe todo lo que tuvo que sufrir: sitiado, reducido á esclavitud, y precisado á alimentarse con gusanos, y hasta con madera, se hizo pasar por médico curando las enfermedades por solo el medio de su soplo, y hasta resucitando á un muerto, decía. Respetado desde entonces, y precedido por la fama, atravesó el gran río, es decir, el Misisipi,

se internó en los desiertos que separan á Méjico de los países donde se constituyeron después los Estados Unidos de América. En fin, llegó á pais de cristianos, que no le trataron mejor que los salvajes, y se embarcó para Europa.

Pidió entonces Nuñez el gobierno de la Florida, que se le debía, según costumbre, por haber descubierto aquel país; pero el capitán Hernando Soto, que se había señalado en el ejército de Pizarro, le obtuvo, gracias á su reputación, y aun más al dinero que había traído del Perú. Armó, pues, diez barcos á sus espensas, y marchó con novecientos hombres la mayor parte aguerridos. Tuvo que sentir el no haberse aprovechado del ejemplo de Narvaez; porque encontró jefes indomables que le incomodaron con combates sin fin, y no vió el menor vestigio de oro. Murió sin haber obtenido ningún resultado, y desanimados sus compañeros sufrieron los mayores trabajos para conseguir llegar desnudos á Méjico.

El mal éxito de Soto devolvió el crédito á Nuñez que fué enviado como gobernador de Buenos Aires. Habiendo naufragado en la costa del Brasil, se decidió á intentar por tierra un camino en el cual sólo sus aventuras anteriores podían hacerle pensar tan pronto á pié, como abandonándose al curso de los ríos, llegó en cuatro meses á su gobierno. Pronto incomodó á los colonos el ver que quería proteger á los indios; se rebelaron y le mandaron encadenado para España. Permaneció ocho años con un proceso, al fin del cual fué absuelto, pero sus acusadores quedaron impunes, y no se le devolvió el mando.

Las empresas de Nuñez habían inspirado el deseo de conocer los países situados al nordeste de Méjico; el virey don Antonio de Mendoza envió allí, pues, al religioso franciscano Marcos de Niza, volvió el fraile con maravillosas relaciones sobre el oro y la plata que se encontraban en todos los lugares, y de veinte mil casas de Chiola, todas de piedra y de varios pisos. No fué necesario más para despertar el deseo general de ir allí: una primera expedición, por mar, mandada por Fernando de Alarcon, no produjo ningún hecho importante. Otra se dirigió por tierra, con Vasco de Coronado, hacia el país que el religioso había indicado, como la comarca fabulosa de las Siete Ciudades; pero encontró el camino más largo y desastroso que lo que se le había figurado. Chiola no era más que una miserable aldea; con respecto al oro y á la plata, no encontró ninguna huella; sólo sí halló á la población con más cultura que los salvajes de alrededor. Habiendo oído hablar Vasco de una ciudad marítima llamada Quivira, llegó á ella después de trescientas leguas de camino, la encontró muy superior á las siete villas soñadas, y rica, además, con una especie particular de carneros: esto es al menos lo que refirió, porque luego no fué posible encontrar ninguna ciudad de aquel nombre, ni los rebaños que había indicado. ¿Debe creerse que inventó, como el padre Niza, ó todo

ha perecido, y los restos de la civilización que se ofrece en aquellos sitios son indicios de ello?

Los franceses no habían tomado parte en las fatigas ni en los provechos de los primeros descubrimientos, distraídos como estaban por las guerras de Italia y sus discordias religiosas. El viaje de Verazzani, emprendido en 1524 por comisión de Francisco I, no había producido ningún resultado. Jacobo Cartier, de San-Maló, reconoció yendo á explorar la costa de Terranova, el río San Lorenzo, y encontró remontándole, la más rica vegetación que se ha visto nunca. Hizo alianza con los naturales. Cuando las poblaciones vecinas al río vieron que se obstinaba en remontar su curso, creyeron espantarlo enviando á su encuentro tres individuos disfrazados de diablos, que no escitaron más que la risa de los suyos. Por todas partes se ofreció un terreno de una vegetación potente, y los habitantes le manifestaban benevolencia. Una deliciosa colina cerca de la ciudad de Hochalaga, y desde la cima de la cual se veía correr el río por espacio de quince leguas hasta una magnífica cascada, recibió de él el nombre de Montreal. Fué sorprendido Cartier en aquellos sitios por el invierno, que hizo helarse el agua al rededor de su barco, donde el escorbuto hizo sus estragos. En fin, volvió á Francia, y á su vuelta, la descripción que hizo de aquel hermoso país, estimuló á multitud de personas á establecer colonias en el Canadá; y sin embargo, el éxito estuvo distante de corresponder á las esperanzas que se habían concebido. Trasládose allí Ravelin en 1591, menos para hacer descubrimientos que para dedicarse á la pesca de las focas. Enrique IV envió después al marqués de la Roche, como teniente general del Canadá, el Labrador, Hochelega, Norimbegue y Terranova, con poderes ordinarios; pero no obtuvo grandes resultados. En este estado, las costas de la Acadia habían sido también reconocidas: en fin, Champlain dió mejor dirección á los negocios del Canadá (1608), que fué el centro del poder francés en América. Fundóse Quebec, y establecieron relaciones con dos grandes tribus de salvajes, los algonquinos y los hurones. El río San Lorenzo los separaba de los terribles iroqueses, vecinos del Hudson y del lago Ontario. Todas aquellas tribus se atacaban unas á otras con furor, y se entregaban á sangrientas batallas: tomando Champlain partido por los algonquinos, atrajo sobre su nación la irreconciliable enemistad de los iroqueses.

Los franceses no manifestaron nunca, al fundar colonias, la tenaz paciencia y la impertérrita constancia de los españoles y holandeses. Cuando se arruinó la colonia del Brasil, de que ya hemos hablado, Coligny creyó que la Florida era un país propicio para sus correligionarios; y Carlos IX concedió dos barcos á Juan Ribaut, de Dieppe, que partió con un cargamento de reformados. Desembarcó en las orillas del río, llamado después de San Mateo por los españoles, y continuó su camino explorando el país, y para preparar allí una nue-

va Francia, fundó á Charlefort, en la bahía de Puerto Real. El capitán Alberto, á quien dejó el mando de la plaza, entró en relaciones amistosas con los indios, pero, reducido pronto á la privación, construyó lo mejor que pudo algunos barcos de una sola vela, y volvió á Europa con los miserables restos que le quedaban.

Trastornada la Francia con las guerras de los hugonotes y de los católicos, no podía pensar en el nuevo establecimiento; pero apenas se calmaron cuando Coligny obtuvo el volver á enviar de nuevo tres barcos á las órdenes de Renato de Laudonnière. El pintor Lemoine fué del número de los que se embarcaron con él; y los dibujos grabados por Dabry ofrecieron por primera vez, á las miradas de los europeos, los aspectos de aquellos nuevos países y las costumbres de la vida salvaje. Cuando llegaron los segundos colonos, los primeros habían abandonado ya la Florida, y Laudonnière prefirió las orillas del río Mayor, donde encontró disposiciones favorables en los naturales y en el cacique Saturiava. Pero arrastrado pronto á tomar parte en las querellas de aquel jefe con sus enemigos, se enajenó la voluntad de los demás salvajes; sus mismas gentes se amotinaron contra él, y sus piraterías, con respecto á la colonia de los españoles, avivaron el odio que éstos le tenían ya como hereje.

Habiendo solicitado don Pedro Mendez de Avilés, del rey de España, el permiso de combatirlos con este título, cayó sobre ellos en el momento en que, desesperando de sostenerse y faltos de víveres demolian el puerto para reembarcarse. No pudieron, pues, resistirle; y Mendez exterminó la colonia después de haber vencido á los socorros que llegaban de Francia. A medida que cogía á algunos de ellos, si declaraban que no eran católicos les hacía ahorcar, *no como franceses sino como herejes*. No estaba la Francia en estado de vengarse de aquella ejecución; pero Domingo de Gourges, veterano de las guerras de Italia, se encargó de ello. Equipó tres barcos con el dinero que pidió prestado, y llegó á la Florida con una ardiente animosidad (1567). Algunos franceses, refugiados entre los indios, le ayudaron á entenderse con ellos para que le secundasen en su ataque; cayó entonces sobre los establecimientos españoles, é hizo ahorear al pequeño número de ellos que pudo coger vivos, *no como españoles, sino como asesinos*. Pidió España una reparación, y Carlos IX que no quería ponerse mal con esta potencia, persiguió á Gourges: resultó de esto que se abandonó el proyecto de colonización.

Así era que la América, que en otro tiempo ignoraba la existencia de Cristo, se encontraba ya ensangrentada por las diversas maneras de entender sus doctrinas; y hasta las querellas religiosas de la vieja Europa debían producir colonias destinadas á darle el germen de su futura grandeza.

Llegaron muy tarde los ingleses al continente donde debían dominar un día. Onofre Gilbert

obtuvo de la reina Isabel la primera patente emanada de la corona de Inglaterra: aquel acto le confería la autoridad sobre toda la tierra que descubriera en los países remotos y bárbaros, que aun no estuviesen ocupados por cristianos; revestía á él y á sus herederos de la propiedad del territorio con la facultad de disponer de él en todo ó en parte, y darlo en feudo á los que le hubieran seguido; las tierras del nuevo establecimiento eran dadas á cargo de fe y homenaje á la corona de Inglaterra, pagando un quinto del oro y de la plata que se encontrase en ellas. Gilbert estaba revestido del resto de la jurisdicción, y de todos los derechos reales y legislativos, tanto sobre aquellas tierras como sobre los mares adyacentes, con prohibición á todos los demás de formar, durante seis años, ningún establecimiento que no estuviera distante del suyo doscientas leguas.

Derechos semejantes á los que se habían concedido por los reyes al almirante español, se concedían, pues, un siglo después de Colon, y en un país de mayor libertad. Se descubrieron las mismas pretensiones á dominar sobre pueblos no descubiertos aun; y la reina de Inglaterra no hacía más ni menos que lo mismo de que se acusaba al papa, á quien ésta había sustituido (1).

Provisto Gilbert con estos privilegios, se dispuso á ocupar el norte de la América y Terranova; pero fracasó en su empresa. Empeñó todo lo que poseía para dar de nuevo principio; pero por más valor que desplegó pereció en el mar de una manera deplorable. Roberto Raleigh, su cuñado, talento despejado, después de haber desempeñado un papel muy activo en la política, trató de descansar y consolarse de las contrariedades que le había causado, emprendiendo los proyectos de Gilbert. Cuando España y Francia ponían el pie en el Canadá y la Florida, ¿por qué sólo la Inglaterra no había de tener parte en el Nuevo Mundo? ¿No sería para ella el mejor medio de rivalizar con España, de quien se consideraba Isabel como enemiga natural? Estas consideraciones y otras del mismo género le hicieron obtener privilegios ya concedidos: partió, pues, siguiendo el camino de costumbre de las Canarias y de las Antillas; adelantóse hácia el Norte hasta una tierra que llamó Virginia, en honor de Isabel y de una virginidad de que esta sacaba vanidad y provecho. Este país se había ofrecido á sus miradas en medio

(1) El gobierno de la Gran Bretaña, con respecto á sus colonias fué un monopolio por el modelo del de España, monopolio que confirmó por más de veinte y nueve actos el Parlamento. Solo era permitido vender á los extranjeros lo que los ingleses no habían querido, para que pudiesen ganar con que pagar los tributos ingleses. Una multitud de privilegios tenían esclavizadas las libertades comerciales de los nacientes Estados, y los principios de la justicia natural fueron postpuestos al temor y á la avaricia de los negociantes ingleses. BANCROFT, *Historia de los Estados Unidos*, c. XI.

del estío, cuando la vegetación en todo su vigor ostentaba sus maduros frutos, y la viña inculca sus pámpanos cargados de uvas. Pero pronto se conoció que el suelo era ingrato y el clima peligroso: sin embargo, Raleigh, para distraerse de las mortificaciones que le hacía sufrir la corte, continuó sus armamentos sin desarmarse por los débiles resultados que había obtenido á precio de cuarenta mil libras esterlinas consumidas en siete expediciones. Si es verdad que trajo de allí la patata á Irlanda, merecería ser contado entre los bienhechores del género humano.

La idea de Eldorado que había puesto en movimiento á tantos españoles, fué adoptada por Raleigh, como que indicaba el país situado al norte del Brasil, y llamado Guyana por los naturales. Sea que en efecto lo creyese, ó que aprovechase la ocasión de dañar á los españoles, enemigos de su soberana, publicó un libro sobre el *Descubrimiento del grande, rico y magnífico imperio de la Guyana, con una relación de la gran ciudad de Manou*. En una época en la que nada parecía inverosímil, el mundo se persuadió de que los Incas se habían refugiado en aquel país, y que habían recobrado en él, con su antigua grandeza, aun mayor opulencia. Muchas gentes se ofrecieron á acompañar á Raleigh, y obtuvo del ministerio los medios necesarios para la exploración de la conquista. Proclamándose entonces libertador de la Guyana, que se disponía á librar de la tiranía española, metió sus barcos en el Orinoco, sin tener en cuenta los pareceres contrarios; después subió el curso del río en chalupas descubiertas, por espacio de trescientas millas. En este punto habló con el centenario Tapiowray; y las informaciones que recogió le determinaron á adelantarse aun cien millas, sabiendo, á pesar de las privaciones, sostener el valor y la esperanza de los que le seguían. Pero habiendo llegado la estación de las lluvias fué preciso dar la vuelta; y este nuevo obstáculo acabó de arrebatarle toda la reputación en su patria, donde concluyó por ser condenado como culpable de traición (1618).

Pensaron también los franceses en formar establecimientos por aquellos parajes, y tomaron posición en Cayena, isla de quince leguas de circuito, á la vista del continente, de fácil acceso, poco salubre y sin gran fertilidad. Ya habían arribado á ella en 1604 después del descubrimiento del país por los españoles; pero la oposición de los caribes les forzó á renunciar á él. Treinta años después algunos mercaderes de Ruan se asociaron para colonizarla á sus espensas, pero sin éxito; porque los caribes asesinaron á todos los hombres que desembarcaron, y la sociedad se disolvió. Constituyóse otra de setecientos á ochocientos parisienses; pero el abate Marivault, que los conducía, se ahogó cuando el embarque. Boiville que le reemplazó, fué degollado en la travesía, los demás jefes se dieron muerte unos á otros, y se consideró como una gran felicidad el que cerca de

trescientos de ellos que habían escapado del hierro de sus compañeros y de las flechas de los caribes, se hubiesen podido establecer en Cayena.

Aquella colonia no prosperó nunca, aunque el clavo y la nuez moscada se daban bien, y el café que se llevó de Surinam se produjo perfectamente, hasta el punto de ser el mejor de América. Desde el principio comenzaron los ingleses á inquietar á los habitantes (1667), y los arrojaron de la isla; pero los franceses volvieron, y se aumentó su número. En fin, Luis XV envió allí una colonia, célebre por la imprevisión con que se dejó perecer á aquellos desgraciados en medio del hambre y de las enfermedades.

En 1797 después del golpe de Estado del fructidor, el Directorio mandó á Cayena varios realistas, y en 1852, después del golpe de Estado de diciembre, Napoleón III envió allá centenares de republicanos.

Las diferentes potencias procuraron establecerse en Guyana, posición favorable, como que se encuentra en medio de las dos Américas, y se acerca al Brasil por una parte y á las Antillas por otra. Recibió, pues, á la vez á los franceses, á los holandeses en Surinam; á los ingleses en Demerary y Esequibo; á los españoles en el cabo Nassau, á la embocadura del Orinoco, y á los portugueses en las vastas regiones situadas en el Mediodía hácia el Brasil.

El descubrimiento de Raleigh en la América septentrional fué más provechoso: allí fué donde los ingleses comenzaron á desplegar el ardor, la habilidad, la perseverancia que les hizo célebres en el arte de establecer colonias y en la aplicación de su política interior, que consiste en dar trabajo á la plebe para que no envidie las tierras de los ricos, y para encontrar salida á la industria nacional, creando nuevos consumidores.

El capitán Weymouth, mandado para explorar la Virginia, confirmó las maravillas referidas anteriormente de su belleza y magnificencia: entonces se formaron dos sociedades para explotarla. Entre los que fueron al efecto á establecerse en ella, el capitán Juan Smith de Villoughby adquirió gran fama. Un carácter romántico que se había manifestado en él desde su infancia, le hizo dedicarse á correr aventuras de país en país, saliendo de mil peligros tanto por la destreza como por la fuerza, y con ayuda de una fecundidad inagotable, de ingeniosos subterfugios. Después de haber viajado mucho tiempo entre los cristianos y los turcos, partió en fin con una colonia que desde Inglaterra pasó á América, donde pronto adquirió la superioridad que por lo común procura el talento. Habiéndole entonces atacado la envidia, fué acusado de proyectos ambiciosos, y se le negaron los empleos á los cuales tenía derecho. Dedicóse entonces á hacer reconocimientos en los alrededores de James-Town, ciudad fundada por aquellos colonos, hasta que de nuevo se tuvo necesidad de sus servicios.

Habiendo caído prisionero en aquellas aventuras correrías, estaba ya atado para servir de blanco á las flechas de los salvajes, cuando su jefe se decidió á conservarle vivo, para conducirlo en triunfo al país vecino. En efecto, celebraron con fiestas la captura de aquel hombre tan superior por su vigor y talento; pero él abundante en recursos supo persuadirles de que lo conservasen. Los sorprendió con prodigios siempre nuevos; se imaginaron que la brújula que les enseñó estaba animada, que la pólvora era un grano susceptible de germinar, y la sembraron. Fué estremada su admiración cuando le vieron, con ayuda de letras, hacerse entender á gran distancia. Sin embargo, como se negó á ponerse á la cabeza de ellos para asaltar á James-Town, le sujetaron otra vez para darle muerte cuando Pocahontas, hija de Powhatan, el principal de aquellos jefes, precipitándose á él le salvó y fué, enviado á la colonia. Aquel hombre intrépido emprendió entonces de nuevo sus exploraciones é incursiones, secundado por la infatigable fidelidad de Pocahontas, á quien la Inglaterra es deudora de que una de sus colonias pudiese en fin establecerse en el continente, al Norte del golfo de Méjico. El mismo nos ha transmitido el relato de sus expediciones en el que aparece, á pesar de evidentes alabanzas, una indomable actividad que chocaba contra los obstáculos suscitados, ora por los salvajes, ora por los europeos, y un raro talento político, con el cual consiguió dar estabilidad á la colonia, cuyo presidente fué mucho tiempo.

Los gastos de aquel establecimiento se hacían por la compañía de Londres, que había obtenido patentes muy estensas, con el derecho de explotar en provecho suyo las minas que encontrase, reservando el quinto para la corona; la facultad de trasladar allí á los ingleses y los extranjeros; la exención de derechos para las mercancías mandadas de Inglaterra, y la autorización concedida al consejo superior de la colonia que residía en Londres, de hacer las leyes y reglamentos para su uso. Como los ingleses procedían en sus establecimientos con ideas diferentes, los mercaderes á quienes la práctica enseñaba principios de economía menos estrechos, proclamaron que no debía ponerse trabas á la esportación del dinero; que aquel metal no aumentaba ni disminuía el comercio, sino que por el contrario, era su resultado, y que el que lo extrae lo hace únicamente para aumentar sus capitales y realizar un beneficio: ideas que en aquella época eran una novedad.

La Virginia prosperó particularmente por el cultivo del tabaco; pero habiendo deportado á ella el gobierno á algunos condenados, cayó en descrédito y cesaron las numerosas emigraciones que se dirigían allí. En la parte septentrional se estableció la compañía de Plymouth. Pero como los naturales fueron tratados primero con rigor, ya no fué posible amansarlos. Personas de todas las naciones, y que pertenecían á las mil creencias que

se agitaban entonces en Inglaterra, acudían á aquella comarca; y pronto, emancipándose los colonos del lazo que los ligaba á la compañía, adquirieron el poder legislativo, que fué ejercido por representantes de cada ciudad ó de cada distrito. Desde el principio se había exigido que cada uno que llegaba á la Nueva Inglaterra se adhiciese á una iglesia cualquiera para ejercer en ella los derechos de ciudadano. Resultó de ello que las diversas comunidades de habitantes fueron determinadas por las creencias religiosas; de aquí procede que se encontraron formadas allí de puritanos y de presbiterianos; y en otra parte de congregacionistas, de unitarios y anabaptistas, y principalmente brownistas, especie de puritanos más rígidos que los demás que habían sido espulsados de Inglaterra, porque se les consideraba como entusiastas hostiles al gobierno.

Una de las sectas más notables era la de los cuáqueros, lógicos severos que llevaban las consecuencias del Evangelio hasta escluir toda distinción entre las personas, así como también todo culto exterior, y se abstendían de jurar, usar armas y dañar á ninguna criatura. Habían llegado allí con Guillermo Penn, de Londres, que habiendo hecho muchos sectarios, obtuvo las tierras situadas entre el Maryland, Nueva York y la Nueva Jersey, llamada Pensilvania por su nombre. Prometiendo la libertad civil y la libertad de conciencia, mostrando tal respeto á los derechos, que no ocupó ningún terreno perteneciente á los salvajes sin haberle pagado, dió á la colonia una constitución conforme á sus principios religiosos, que protegió al pueblo contra los abusos del poder de los magistrados, y llamó á los representantes de todos á la confección de las leyes. La ciudad de Filadelfia, que él fundó, indicó por su nombre, que una benevolencia general y fraternal, primera ley de aquellos colonos, debía reinar constantemente entre ellos. Gobernó Penn, como patriarca, á los súbditos que él se había dado: propietario de todo el territorio, el arrendamiento era el impuesto; cada aldea tenía su policía: transmitió aquel Estado á sus hijos, y los filósofos ensalzaron su gobierno como una realización de las teorías que inspiraba entonces un benévolo delirio.

Seducidos otros señores ingleses por aquel ejemplo, quisieron hacerse plantadores y reformadores en América. Lord Delaware se había puesto á la cabeza de una colonia de plantadores. La hermosa colonia de Maryland había sido fundada bajo la dirección de lord Baltimore, por católicos, que desde entonces acogieron á los que se encontraban perseguidos en otras partes. Ocho loras colonizaron después la Carolina, para la cual pidieron á Locke una constitución, quien les presentó un trabajo con sus ideas filosóficas y lleno de admirables teorías; pero en la aplicación no produjo efecto y se renunció á él.

De esta manera, toda clase de estatutos, cultos y naciones, se mezclaban en la América septen-

trional. Poco á poco los establecimientos ingleses se extendieron allí á lo largo de la costa desde la bahía de Pasumaquody hasta la Florida, remontando los ríos hasta los montes Apalaches ó Aeganis.

Los holandeses habían fundado en los países situados al Noroeste, descubiertos por Hudson, una nueva Bélgica sobre el Delaware y el Connecticut; después de ellos, el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, envió sus súbditos á la misma bahía del Delaware y á la de Chesapeake. Eran estas colonias de un nuevo género, no ya fundadas en la esclavitud de los indígenas y en la explotación de las minas, sino destinadas á la agricultura; más lentas en su prosperidad, con menos atractivos para la imaginación, pero de más seguras y grandiosas consecuencias.

Los acrecentamientos de los ingleses en la Virginia fueron funestos á los franceses del Canadá y á los demás establecimientos limítrofes. Entonces comenzaron aquellas guerras, en las cuales se batían en la Alemania por la posesión de tierras en América, y en el Canadá por las querellas europeas. También cuando los franceses y los ingleses se disputaban el Canadá, haciendo ostentación de su interés por los naturales, fué con razón con la que éstos se adelantaron diciéndoles: *¿Y las tierras de los indios dónde se encuentran? Padres, retiraos; retiraos, hermanos, y dejadnos en las tierras que Dios nos ha dado.*

La colonia francesa del Canadá hizo, no obstante, progresos, sobre todo después de 1668, y con el ofrecimiento que hizo de un asilo á los fugitivos, á los descontentos que abandonaban la Francia, y á los caballeros arruinados. Sus posesiones se extendieron cada vez más. El regimiento de Carignan Sabliers obtuvo allí tierras, lo cual le hizo dedicarse más á la defensa del país. Quebec fué erigido en arzobispado; el padre Chaumont, fundó el establecimiento de Loreto entre los hurones cristianos. Los misioneros obtuvieron al principio poco éxito entre los afeiros, pero en 1671 convocaron á los jefes de las tribus nómadas, á los cuales les manifestaron cuán ventajoso sería para ellos constituirse vasallos del gran rey de Francia, y les persuadieron á hacerlo.

Una memorable adquisición fué la de la Luisiana. En 1660, algunos aventureros de las selvas habían oído decir que un gran río, que nacía en las cercanías de los estensos lagos del Canadá, corría hacia el Sur y desembocaba en el golfo de Méjico. Era el Misisipi. La Salle, de Ruan, uno de los más extraordinarios aventureros de aquel siglo, partió para descubrirlo. Descendió por su curso con el misionero Hannequin, y fué el primero que vió el hermoso río de Niágara, precipitarse todo entero y formar aquella catarata, que es una de las maravillas del mundo. La Salle fundó algunas fortalezas para imponer respeto á los iroqueses, que no les dejaban un momento en paz á instigación de los ingleses. La guerra que estalló entonces produjo la invasión de la nueva Francia por

las tropas británicas que sitiaron á Quebec, pero fueron al fin rechazadas con pérdida.

Entre tanto supieron por los indios algunos negociantes, que existía otro río cuyo curso no era al Norte ni al Este. El gobernador Fontenac resolvió enviar á reconocerlo, confiando esta misión al padre Marquette, jesuita francés, y á un comerciante de Quebec, llamado Jolet, quienes hallaron en efecto en la dirección indicada el Utagamis, ó río de las Zorras, que pone en comunicación el Misisipi y el San Lorenzo en una extensión de seiscientos leguas. El intrépido padre Hannequin se internó entre las turbas de salvajes, con peligro continuo de su vida, viéndose unas veces atado ya para ser asesinado, y tranquilizado otras por la oferta de la pipa, símbolo de paz. Al fin, pudo regresar desde una distancia de cuatrocientas leguas, y según su relato había reconocido la embocadura del Misisipi, mas sin embargo parece que se equivocó.

La Salle entonces emprendió un nuevo viaje para reconocer el río por la parte del mar, con la intención de establecer en su embocadura una colonia destinada á imponer respeto á los españoles y á los ingleses, continuamente hostiles al país, á la cual dió el nombre de Luisiana en honor de Luis XIV, pero se vió contrariado y desobedecido por los que le seguían; y finalmente, habiendo entrado entre los ilineses, fué asesinado por el francés Duhaut. Este ilustre aventurero fué olvidado por su patria; pero los Estados-Unidos le han erigido un monumento en el capitolio de Washington entre los de Penn y John Smith.

Continuando Hontan las expediciones de La Salle, reconoció el río Largo ó de San Pedro, y aunque los españoles tratasen de poner obstáculos á los descubrimientos y proyectos de los establecimientos franceses, tomaron éstos posesión de la Luisiana con la intención de hacer allí el comercio de la lana y de los bueyes del país, además de la pesca de perlas. En un principio tuvieron que habérselas los franceses con los apalaches; nación que bajó desde las montañas de este nombre á aquel y otros países donde le esperaba igualmente la espada de los europeos. Entre los demás indios que tuvieron aliados ó por contrarios, una de las hordas más numerosas era la de los catavos, que según se decía, podían aprestar hasta veinte y cinco mil combatientes.

Pero la principal tribu era la de los natchez, de alta estatura y de color cobrizo, que creían haber recibido sus leyes de un hombre y de una mujer salidos del sol. Daban el nombre de Gran Sol á su jefe supremo, á quien honraban con ofrendas y homenajes divinos, dejándole un poder absoluto sobre sus vidas y haciendas. Todas las mañanas se presentaba este jefe á la puerta de su choza real, y mirando hacia el Oriente y prosternado lanzaba grandes aullidos. Cuando moría, se mataban sus criados ó se les ahorcaba para que le siguiesen al otro mundo, sucediéndole el hijo de la mujer

quien le unian lazos más estrechos de parentesco. Dirigían la guerra dos jefes; dos maestros las ceremonias del templo; dos funcionarios los tratados de paz y guerra, y cuatro las fiestas públicas; el Gran Sol nombraba todos los empleados. Aun cuando estaba permitida la poligamia entre los natchez, no tenían por lo común más que una mujer, la cual se prestaban en muchas ocasiones. Una joven noble podía casarse con un hombre de baja esfera, que continuaba siendo tratado como siervo, á no ser que mandase á los otros y dejase de trabajar. Debía mantenerse en pié delante de su mujer, que podía tener amantes á su antojo, despedirlo para casarse con otro, ó condenarlo á muerte si era infiel. Los natchez celebraban á principios de julio una solemnidad que duraba dos días, la cual presidía el Gran Sol con su mujer, terminada la cual, exhortaba á sus súbditos al cumplimiento de sus deberes, á venerar los espíritus y á educar bien á sus hijos. Las recolecciones se hacían en común, y se depositaban las primicias en el templo.

Las primeras tentativas de los franceses para someter la Luisiana habían tenido mal éxito, cuando Iverville, natural del Canadá y hombre de grande arrojo, fué á Francia y obtuvo algunos buques, con los cuales penetró en el Mississippi, después de haber encontrado su verdadera embocadura y reconocido los salvajes que habitaban en sus orillas. Pero en lugar de elegir fértiles llanuras para establecer la colonia, prefirió el Biloxi, costa despoblada donde se instaló, en una isla inculta y desierta, que recibió fastuosamente el nombre de Delina. Pero los ingleses pretendían haber descubierto el país medio siglo antes, trataron de expulsar á los franceses que se vieron obligados á fortificarse en sus posiciones. El rey Guillermo quiso trasladar á este país los refugiados franceses de la Carolina, mientras que Luis XIV, siguiendo su política intolérante, había excluido de la Luisiana á los protestantes. También los españoles trataron de tomar posesión, pero los franceses se mantuvieron firmes, á pesar del mal que les causaron los corsarios ingleses, y aun cuando no contaban en la colonia más que veinte y ocho familias francesas, veinte negras y trescientas cabezas de ganado, ni hacían más comercio que el de maderas y pieles. Entonces solicitó un especulador llamado Antonio Crozat, el privilegio comercial de la Luisiana, que obtuvo por diez y seis años, con la propiedad perpétua de las minas que en él descubriese. Este llevó muy lejos sus reconocimientos, extendió las relaciones de la colonia y trasportó á ella muchos esclavos de Guinea, pero no tardó en restituir el privilegio de que se le había investido.

Pareció que se habían de improvisar brillantes fortunas en la Luisiana, cuando el célebre economista Law tomó por base de su sistema rentístico una especulación que tenía por objeto trabajar las tierras y explotar las minas de este país que, según él, eran muy abundantes. Vióse entonces á los fran-

ceses con esa pasión con que adoptan todo lo que es negocio de moda, arrojarse á porfía sobre las acciones de la nueva compañía, llevando en tropel no sólo su dinero contante, sino también sus alhajas y vajillas para cambiarlas por billetes del banco de Law. Se apresuraron á marchar á la Luisiana una multitud de artesanos y especuladores, pero muchos de ellos perecieron allí, y los demás volvieron desengañados y llenos de deudas.

La compañía procuró mantenerse á pesar de sus reveses demasiado bien conocidos, pero trató á los natchez con tanto rigor, que tramaron una conjuración para matar á todos los franceses. La falta de unión les impidió insurreccionarse todos á la vez, y los franceses pudieron vengarse de esta tentativa. Continuó Perrier haciéndoles la guerra, y prendió al Gran Sol enviándolo prisionero á Nueva Orleans con otros muchos jefes. Los débiles restos de esta nación se incorporaron con los chicacos, contra quienes dirigieron también sus armas los franceses, hasta que los obligaron á retroceder y á pedir la paz. Principió desde entonces á florecer la colonia, situada como estaba en un suelo de los más fértiles, próxima á la mar y á un gran río como el Misisipi; y aumentó todavía más su prosperidad después que se reconoció el curso del Misuri. Finalmente, la Francia cedió á los españoles la Luisiana para indemnizarlos de la pérdida de la Florida que habían abandonado á los ingleses; tratado vergonzoso por el cual dejó de resonar el nombre francés en la América Septentrional.

El antiguo genio de los conquistadores parece haberse limitado hoy á aquellos cultivadores que llaman en la América Septentrional *First-settlers* gente á quien no une á la tierra vínculo alguno. Abierta y cortada una selva la abandonan en breve para buscar otra donde suponen que hay riquezas y mayores placeres. Penetran de nuevo en el desierto imaginándose hallar un clima más sano, una caza más abundante y un suelo más fecundo. Andan algunas veces hasta mil leguas, guiados por esta sola esperanza, abandonándose á la corriente de los ríos en las canoas, ó penetrando entre naciones salvajes ó en los bosques inhospitales, sin llevar más que una manta, una carabina, una hacha, un cuchillo de monte y dos lazos para coger castores. La caza los alimenta en estas largas travesías, y después se instalan en un bosque que quemar y desmontan, ó entre los salvajes á quienes atacan, esterminan y hacen huir.

A estas gentes se debe la primera cultura de Kentucky y del Tennessee, pero apenas empiezan á producir fruto sus fatigas, se marchan para volver hacer lo mismo en otras tierras vírgenes. Después de ellos viene una población más estable que se aprovecha de sus primeros trabajos, estendiéndose el cultivo y convierte en casas las chozas. Así es como ha pasado la civilización al otro lado del Misisipi, y como va acercándose el nacimiento del Misuri.

CAPÍTULO XIV

DE LAS AMÉRICAS EN GENERAL.

Cristóbal Colon llegaba á la América en 1492, y cuando en 1525 Diego Rivero volvió del congreso geográfico astronómico, celebrado en Puento de Caya cerca de Ilves, para determinar los límites entre la monarquía española y la portuguesa, estaba ya trazada la configuración de los continentes que contiene este hemisferio al sur y al norte del Ecuador, desde la tierra del Fuego hasta el Labrador; tan cierto es que cuando una generación concibe una esperanza, no da treguas hasta que la realiza. Se continuó enseguida la exploración de la tierra firme y de las islas, de tal modo que su conjunto se conocía mejor que el del antiguo mundo. Sólo en las regiones árticas, donde son eternos los hielos, no pudo llegar la exploración á ser tan precisa: sin embargo, parece cierto están separadas de nuestro continente por canales que serpentean en medio de este archipiélago helado.

La América forma, pues, una inmensa isla desde el 78° de latitud boreal, á que llegó el capitán Ross en 1840, hasta el 55° 58' 30" de latitud austral. Es estrecha en el Sur y luego va ensanchando, hasta que se reduce de pronto hácia la duodécima paralela en un istmo que une esta parte con la del Norte. El mar que la rodea, bajo el nombre de Atlántico por un lado, y de grande Océano ó mar Pacífico por otro, la designa á lo largo de las costas y penetra profundamente en algunos sitios formando los mares mediterráneos de Méjico y de las Antillas, y las bahías de Hudson y de Baffin.

Las salidas y entradas de estos lagos litorales, están cubiertas de una multitud de islas que á veces se agrupan en muchos archipiélagos, algunos de ellos condenados á una esterilidad helada, tal como el de Baffin; otros poblados por la pesca, como el de Terranova, ó favorecidos con todos los dones de la naturaleza como las Lucayas, que

reunidas á las Antillas rodean el golfo de Méjico como una guirnalda de flores. Todavía quedan otras islas incultas y casi desiertas que sirven de asilo á los piratas, esperando la obra civilizadora del hombre.

Por mucho tiempo ha contrariado la navegación de estas aguas un fenómeno singular, cual es la gran corriente ecuatorial llamada *Gulf-Stream*. Partiendo de España, circula al través de las Canarias, desde donde llevaría un buque en trece meses á las costas de Caracas. En diez meses da la vuelta al golfo de Méjico, desde donde se lanza con una rapidez acelerada, en el canal de Bahamá, y al salir de él toma el nombre de corriente de las Floridas. Siguiendo entonces á los Estados-Unidos, llega en dos meses al banco de Terranova, formado probablemente por los depósitos que deja tanto esta corriente como otra que viene del Norte en la dirección del río de San Lorenzo. Desde allí se dirige en sentido inverso, rasando las Azores y Gibraltar, hasta que vuelve á ganar las Canarias después de haber recorrido tres mil leguas en tres años y once meses. En el día está señalada exactamente en las costas, y los marinos la conocen en el calor y en la rapidez de las aguas.

La América está atravesada, en una longitud de cerca de tres mil leguas, por una cadena de montañas, llamadas Cordilleras, según la expresión española, y la cima más elevada de esta cadena es el Chimborazo al Sur del Ecuador. Tiene 6,529 metros de altura, y ha pasado por el pico más gigantesco del globo hasta que se midieron las cimas del Tibet. De ella salen muchas llanuras de una extensión y elevación notables, tanto que el fondo del valle de Quito en los Andes, no está á menos altura que la cima del monte Blanco. La ciudad de Bogotá y los llanos de Méjico, están más elevados